

lento, pero habría que esperar de él resultados indiscutibles.

Nadie ignora que en algunas naciones se han constituido recientemente sociedades de temperancia, agrupaciones para combatir la embriaguez. De sus trabajos se han obtenido ya efectos plausibles. Bajo su influencia se ha acordado impuestos sobre los alcoholes, a fin de dificultar la adquisición de bebidas. Pero este medio no da ciertamente los frutos que de él, sin duda, se esperaban. Si acaso, con la falsificación de los licores y la carestía de las bebidas, los aficionados se degradan más de prisa, caen más pronto en el abismo de los mayores desórdenes. A otros medios más seguros han acudido aquellas sociedades poniendo la ciencia al servicio de sus loables propósitos. Y si al cabo logran, que lo lograrán, dominar un tanto la funesta inclinación, pronto bastará la nueva corriente de acción moral a reprimir, en tiempo y medida apropiada, la general perversión del espíritu público. Pero mientras las gentes consideren la embriaguez como cosa sin importancia, cualquiera acción coercitiva será nula. Trátase aquí de un proceso de modificación, y necesariamente los resultados son más lejanos. Es menester, primeramente, formar nuevos sentimientos, crear espíritu público opuesto a la embriaguez, y a medida que esto se vaya realizando, más y más poderosa será la coacción moral y más se difundirán sus efectos benéficos.

En resumen: si el pueblo admirase al jugador, aplaudiese a la prostituta y al borracho, bien pronto la sociedad se convertiría en un montón de tahures, de mujeres públicas y de alcoholizados, aun cuando los poderes se esforzasen en contrarrestar tales hechos. Por el contrario, hagan lo que quieran los gobiernos, basta que el pueblo censure una cosa y la repute inmoral y pernicioso, para que la mayoría de los hombres se abstengan de realizarla. Ciertamente que la coacción moral no surte los mismos efectos sobre todos los individuos, y que a pesar de ella hay

gentes viciosas y desordenadas. Pero es cierto también que otra acción coercitiva cualquiera, ya provenga del gobierno, ya del pueblo, se encuentra en el mismo caso y aun peor, porque su carácter de violenta prohibición es contraproducente.

En efecto, nada hay que repugne más que aquello que nos viene impuesto. Todo el mundo cumple o está dispuesto a cumplir determinados actos que se tiene por equitativos, pero apenas se nos quiere imponer violentamente tal cumplimiento, surge poderoso el espíritu de oposición y de rebeldía, y no es ya, sino a cambio de luchas continuas, realizable lo que voluntariamente se ejecutaba como expresión de justicia. A cada momento mil hechos distintos ponen de manifiesto este fenómeno de la personalidad. Un niño, un hombre, prestarán voluntaria atención a los consejos y enseñanzas del amigo, del padre, del maestro. Obligados a que de grado o por fuerza escuchen, y al punto dejará de fijarse su atención. Se volverán díscolos, rebeldes, desatentos, y si extremáis las cosas no repararán en la grosería y en la violencia. Lo que voluntariamente no se presta, por la fuerza no se obtiene.

Es un hecho notable el citado por el doctor Luntand, médico de San Lázaro, en su «Memoria a las conferencias de Bruselas, Julio de 1897», y que recogemos de *El amor libre*, de Charles Albert. «El hospital de Lourcine—dice aquel doctor—para mujeres venéreas, está siempre lleno, porque de él se sale y en él se entra libremente. El de San Lázaro no se llena nunca, porque las mujeres son llevadas a él con violencia».

Nosotros podemos citar, por experiencia propia, otro hecho asimismo singular.

Dedicados accidentalmente a la enseñanza, la novedad trajo a la escuela la mayor parte de los pilluelos de la ciudad. Los padres, cansados de los desmanes de los muchachos, algunos de los cuales no echaban raíces en ningún colegio, venían a nosotros como